
Amor Correspondido

Vicente Riva Palacio

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5445

Título: Amor Correspondido

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Amor Correspondido

Aquella noche que habíamos comido en el club, y a pesar de que los dos no más ocupábamos una pequeña mesa en uno de los ángulos del comedor, la conversación era tan interesante, y la sobremesa tanto se había prolongado, que largo tiempo transcurrió sin que pensáramos en levantarnos.

Yo escuchaba atentamente al conde, en una especie de abstracción, hasta que me hicieron volver en mí once campanadas que lentamente sonaron en el gran reloj de aquel salón.

Levanté la cara y miré en derredor. ¡Qué aspecto más triste y más extraño presenta el comedor de un club o de un hotel, cuando se han retirado ya los últimos concurrentes y a nadie se espera!

Algunos criados conversaban en voz baja en uno de los extremos. Uno que otro, pasaba registrando las mesas, como buscando alguna cosa olvidada. Asomaban por el fondo las cabezas de los cocineros, con el imprescindible gorro blanco.

El jefe del comedor hacía cuentas en una de las mesas, y tenía delante de sí un rimerito de papeles.

Algunas luces se habían apagado, las sillas rodeaban aún las mesas, sobre las cuales quedaban las servilletas de los que habían comido, como haciendo el duelo a su soledad, y el silencio sustituía a la animación y al bullicio que reinaba pocas horas antes.

En la atmósfera parecían vagar los dichos agudos y las frases espirituales cruzadas entre los concurrentes, y creeríase que estas frases y esos dichos, como golondrina que se entra por casualidad en una habitación, volaban chocando contra los muros, azotando los techos con sus alas y resbalando por los rincones hasta encontrar una salida.

El conde me había contado aquella noche la historia de unos amores que

le traían completamente preocupado; porque aquellos amores eran una especie de novela romántica y por entregas.

La heroína se llamaba Elvira; vivía en un cuarto piso en la calle de Cervantes. Era hermosa sobre toda exageración, y a ser cierto lo que en sus cartas decía, tan apasionada estaba ella de él, como él de ella.

—¿Pero usted nunca ha llegado a hablarle? —le pregunté.

—Imposible —me dijo—. Todo cuanto un hombre puede inventar y puede hacer, todo lo he intentado para acercarme a ella, y todos mis esfuerzos y todos mis planes han fracasado y han sido inútiles.

—Explíqueme usted eso.

—Pues oiga usted. En aquella casa hay un misterio que me ha sido imposible penetrar. Como le he dicho a usted, a esa mujer la he conocido por casualidad: tenía yo amores con Julia, que iba todos los domingos a oír misa a San Antonio; yo esperaba su salida paseando por las calles circunvecinas. Vi asomarse a Elvira a su ventana, comencé a pasear la calle, se fijó en mí; tiene una criada vieja, que nos sirvió para establecer nuestra correspondencia: pero Elvira jamás sale de su casa...

—¿Ni a la iglesia?

—Ni a la iglesia. No entra persona alguna en la casa, y su padre es un viejo empleado, que no cultiva relaciones con nadie...

—¿Pero, cuando el padre sale, por qué no ha intentado usted entrar?

—Lo he intentado, pero ella se ha opuesto resueltamente. Mire usted la última carta que me envió y que he recibido hoy.

El conde sacó del bolsillo de su frac un tarjetero de piel de Rusia, que tenía una cinta de oro; la abrió, y dentro de él cuidadosamente doblada, estaba una pequeña esquelita, que me alargó, diciendo:

—Lea usted.

Aquella carta decía:

Enrique:

Te ame con todo mi corazón, con toda mi alma. Tuyo son hasta mis más íntimos pensamientos, hasta las más ligeras vibraciones de mis nervios; daría mi vida entera por estar cinco minutos a tu lado, por estrechar siquiera tu mano; pero es imposible.

Te ruego, te exijo, te mando, si para ello tengo derecho, que no lo intentes; causarías nuestra eterna desgracia. Ámame como yo te amo a ti, como se ama a Dios.

Elvira

—Verdaderamente es misterioso esto —dije yo.

El conde recogió la carta, la volvió a leer en silencio, y por uno de esos movimientos tan pueriles como comunes entre los enamorados, antes de guardarla la llevó a los labios respetuosamente.

—¿Quiere usted conocerla? —me dijo.

—Sí quiero; con mucho gusto.

—Pues mire usted mañana, a las diez pasaré por usted a su casa, nos iremos juntos, y desde los derribos que se han hecho donde estuvo la iglesia de San Antonio, llevando unos anteojos de campaña, podrá contemplarla con toda tranquilidad.

Quedamos convenidos así, y hablando siempre lo mismo, salimos del Veloz. La noche estaba fresca, pero serena: nuestros cocheros dormitaban en el pescante y los lacayos charlaban en la puerta del club.

El conde no tenía humor para ir al teatro. Estaba preocupado: al montar en su carruaje, oí que decía al lacayo:

—A casa.

Aquél era el terrible síntoma para conocer que verdaderamente estaba apasionado.

A la hora convenida estábamos en el observatorio elegido por el conde, y desde allí, gracias a unos magníficos anteojos de campaña, pude conocer

a Elvira.

En una ventana cubierta casi de enredaderas y de flores, asomaba la cabeza más bella y más encantadora que había visto en mi vida. Era de una mujer como de veinte años; los ojos negros, grandes, brillantes, denunciando un alma ardiente y un corazón apasionado. Una cabellera negra, ligeramente ondulada, sujeta por detrás, formando nudos, como las estatuas griegas; una boca fresca, entreabierta y mostrando parte de una magnífica dentadura.

—¡Qué mujer tan hermosa! —exclamaba yo—. ¡Qué maravilla! Tiene usted razón de estar apasionado...

Y seguía yo disertando y exclamando, sin dejar los anteojos de la mano, y sin perder de vista un instante aquella bellísima mujer; pero al fin, mirando que el conde nada me contestaba, volví el rostro para buscarle y no estaba allí.

Pensé: habrá ido a encontrar a la criada y no tardará mucho en volver. En efecto, a pocos momentos llegó, pero agitado, nervioso...

—¡Soy feliz! —me gritó—. El padre no está allí, y a fuerza de dinero he conseguido que la criada me lleve a ver a Elvira. Acompañeme usted.

—¡Pero hombre! Si para estas cosas no se llevan testigos —le dije riendo.

—No se burle usted. No sé lo que siento, pero tengo miedo de esta primera entrevista. Vamos.

Y sin esperar respuesta, echó a caminar violentamente, y yo le seguía sin saber tampoco por qué. Así llegamos hasta la puerta de la casa de Elvira: ella no podía vernos, por la situación en que estaba la ventana.

En el portal había una vieja gorda con un mantón negro y una cesta en el brazo.

—¡Válgame Dios, señorito! —dijo— ¿qué va a pasar aquí? ¡Dios nos saque con bien!

—Vamos, vamos —decía el conde empujándola—. No hay que perder el tiempo.

Comenzamos a subir tramos y tramos de escalera; íbamos ya jadeantes y no acabábamos de llegar.

Por fin la criada se detuvo delante de la puerta de un cuarto: sacó del bolsillo un llavín y abrió, procurando no hacer ruido. Cruzamos por un pasillo oscuro, y penetramos en un saloncito.

No podré detallar cómo estaba; sólo sí que había plantas y flores y porcelanas, y que todo indicaba buen gusto y exquisito cuidado.

La criada se detuvo en la puerta; yo me detuve también, y el conde penetró hasta la mitad de la estancia.

Elvira miraba aún por la ventana y estaba en pie sobre un sitio; su cabeza y su cuerpo se destacaban sobre el azul claro del cielo.

Al verla, el conde lanzó un grito terrible, y se llevó las manos a los ojos cubriéndoselos. Yo estuve a punto de gritar. Aquella cabeza ideal, aquel rostro peregrino, correspondía al cuerpo de una mujer pequeña, jorobada, monstruosa.

Al oír el grito de Enrique, aquella pobre criatura volvió la cara; comprendió todo lo que pasaba en el corazón de su amante, y cayó desplomada del sillón, diciendo con voz apagada:

—Te lo habla dicho. Te lo había dicho.

La vieja acudió a levantar a Elvira, y yo saqué de allí al conde, que bajaba las escaleras como un ebrio.

Ocho días después, por el conde que aún estaba enfermo, supe que la pobre Elvira había muerto de la emoción y del golpe.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como *La Orquesta* y *El Ahuizote*; Riva Palacio participa como un activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonríe siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballescá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.